

LA SOLEDAD DE LOS AÑOS BISIESTOS

Mi hermano ha nacido hoy, veintinueve de febrero. El mismo día que yo nací hace dieciséis años.

Tendría que haber sido en abril, pero se ha adelantado. Una razón más para añadir a la lista de motivos por los que odio a mi madre. Está también la voz gangosa o la nariz hinchada y surcada de venas. O cuando se duerme tirada en el pasillo a las doce de la mañana.

Solo ha permanecido sobria dos meses tras enterarse de que estaba embarazada, tiempo durante el cual yo he llegado a desear que volviera a beber, o que se largara de casa de una vez. Lo que fuera con tal de que me dejara en paz.

Ni siquiera sabe quién es el padre, ha habido épocas en las que por casa pasaban varios tíos en una noche.

Ha tenido que ponerse de parto justo hoy, cuando iba a celebrar mi cumpleaños con mis amigas. Una vez más –y he perdido la cuenta de cuántas van– mi madre me ha jodido el día. Sin ser algo novedoso, me invade un odio acre, viejo conocido. Pienso que al menos estará fuera de casa un tiempo. Y eso me alivia.

No hay nadie en casa cuando llego del instituto, eso no es nuevo. Hoy además hay cristales rotos en el suelo. El cuerpo grueso de mi vecina Rosa sube fatigoso por la escalera al escucharme entrar. Llama a mi puerta y me vomita su discurso. Está muy afectada, habla atropelladamente:

–Ay Tatiana, niña, mi Rufino ha llevado a tu madre al hospital. Ay *mijita*, tu madre no estaba nada bien, tenía los dolores de parto muy avanzados. Tu hermanito hijita... ¿pero quién se va a ocupar de él? – no puedo dejar de mirar cómo le tiembla el labio superior cubierto de pelos, en el centro de su cara de pan– Mi Rufino ha tenido que dejarlos allí, tenía

que volver al taxi, que ya sabes tú que si no yo no llego a fin de mes. Tienes que ir a ver como están.

Todo esto me pone enferma. La mujer trata de tocarme y me dan ganas de darle un bofetón para calmarla. No soporto su intento de cercanía y su compasión, sus muecas exageradas. Sé que los espectáculos de mi madre pueden ser horribles, no me extraña que aún esté impresionada, pero tampoco veo necesario tanto teatro. Corto la conversación con un áspero agradecimiento y le cierro la puerta sin dejarla terminar. He tenido suficiente.

Barro con desgana los cristales, limpio el vino derramado y un líquido sanguinolento del suelo de terrazo. Me pregunto de dónde vendrá, pero me esfuerzo en no pensar. Después me como los restos de una lata de atún abierta anoche, y le doy tantas patadas a la puerta del salón que me terminan doliendo los dedos de los pies, ateridos de frío y rabia.

Ojalá se murieran. Los dos.

Empieza a anochecer cuando salgo a la calle para ir al hospital. El frío cortante me atraviesa y me anestesia.

Avanzo mirando al suelo y cuento las baldosas del pavimento, igual que cuando era niña contaba las horas que pasaban lentas, aterrorizada bajo el edredón, al escuchar los sonidos en la habitación de al lado. Sonidos que no eran aptos para una niña que se había ido a dormir con un bocado de Nocilla por toda cena.

El hospital, una mole de cemento gris, me traga. Me muevo desorientada por los pasillos, no sé bien qué buscar hasta que una señora que rellena crucigramas en un mostrador alza la vista por encima de las gafas y me chista:

–Niña, ¿qué haces aquí? Es tarde, ya han acabado las visitas– Utiliza ese tono brusco que suele emplear la gente conmigo, “el tono de los gilipollas”, así lo llamo yo. El tono de

quien detecta un resquicio de fragilidad y lo mete como una cuña para romper al adversario.

Me pregunto por qué ella también me considera su adversario.

–Busco a mi madre, ha dado a luz hoy– ella me escruta, achinando los ojos, dudando.

Quizás piensa que soy una yonki.

–A ver, ¿cómo se llama tu madre? –dice al final tras el titubeo– Ojo que no se puede hacer esto ¿eh? Que con la ley de los dichosos datos me busco un lío– me apunta con dedo acusador.

Yo sostengo la mirada desafiante y le suelto:

–¿Me lo dice o no?– Ella suspira y accede, me explica dónde están ingresados. Me despido con un *gracias zorra* que seguramente ella no alcanza a oír.

El vestíbulo de la unidad de neonatología está en penumbra. La puerta está cerrada y hay un timbre. Dudo. Estoy a punto de salir corriendo, ni siquiera sé muy bien a qué he venido.

En ese momento una mujer de unos cincuenta años con media melena entrecana y cuidada, abre la puerta. Va vestida con el uniforme del hospital y camina distraída mirando su móvil, pero casualmente alza la vista y me ve. Me pregunta qué hago allí tan tarde, si necesito algo. Tiene una expresión y una postura corporal que transmiten seguridad y firmeza, pero no utiliza "el tono de los gilipollas".

–Ha nacido mi hermano, pero ya me iba. Mejor vengo otro día– le digo.

–Mujer, pero si ya has venido, ¿por qué no pasas y lo conoces?– Es cálida y me sonrío con los ojos. Al hacerlo se le forman unas pequeñas arrugas en torno a ellos. Son grises y se ven agrandados por unas gafas que sujeta alrededor del cuello con un cordoncito trenzado. Se aproxima para tocarme el brazo y yo lo retiro con rabia. Sin inmutarse sigue hablando con el mismo tono:

–Dime, ¿cómo se llama?

–Y yo qué sé cómo se llama– me revuelvo, me niego a doblegarme a su amabilidad, me confunde– ni idea.

Su cara cambia y pasa a una seriedad que sin embargo no es dura. Su actitud infunde respeto, y me hace sentir que es ella quien tiene el control de la situación. Frunce el ceño. Guarda el móvil en el bolsillo y esta vez me coge del brazo con firmeza, en un grillete que no me da opción a réplica.

–Ven, siéntate aquí y espérame que ahora vengo.

Me deja sola en una salita en cuyas paredes hay varios carteles desordenados escritos a ordenador: *prohibido comer, dejen la sala limpia, no está permitido hablar por el móvil*. También hay fotos de bebés cursis, un par de sofás de aspecto desvencijado por años de uso, una máquina de café y unas taquillas metálicas numeradas.

Cuando vuelve, trae un vaso en cada mano.

–¿Agua o café?

–¿No tienes cerveza?– Pregunto con socarronería.

Niega con la cabeza, no le hace gracia mi broma. Escojo el café, y ella saca un paquete de galletas del bolsillo. Mientras las mordisqueo y el café me templó el cuerpo, se sienta en una silla frente a mí.

–Soy Concha. Soy la enfermera que cuida de tu hermano hoy. Su mamá no ha venido a verlo– me mira inquisitiva –quizás tú sepas dónde está.

Niego con la cabeza en silencio, su voz me serena, las gafas reposadas sobre el puente arqueado de la nariz le dan un aspecto manso -en cierto modo inofensivo- al rostro maduro. Se toma la molestia de no considerarme una pérdida de tiempo. A pesar lo cual, el recelo se impone.

–Me pone muy contenta ver que tú has elegido conocerlo. Quizás no sabes bien por qué has venido pero percibo que en ti hay algo especial. Tu hermano ha nacido antes de tiempo, necesita cuidados y tratamiento, es pequeño y tiene síndrome de abstinencia ¿sabes lo que es?

–¿Tiene mono?

–Sí, necesita estar bajo cierta vigilancia y recibir un tratamiento. Pero –hace una pequeña pausa para escoger sus palabras– ¿sabes qué necesita por encima de todo? A ti. Necesita que lo cojas, sentir ese calor que desprendemos las personas.

–Bah– agito la mano con desdén –a mí qué me cuentas, no pienso hacerlo. Lo veo y me piro– musito mientras me encojo de hombros.

Me lleva a la sala de incubadoras, y la sigo, porque a pesar de mis intentos por provocarle rechazo –que es lo único de lo que sé defenderme–, Concha no parece odiarme y yo tengo la lacerante necesidad de dejar de resistir, de dejar de pelear. Así que me rindo y la sigo. No me habla con desprecio pero tampoco utiliza la condescendencia que usan a veces conmigo otras personas cuando conocen mi situación. Estoy descolocada.

En una sala en casi completa oscuridad está mi hermano, en el interior de una incubadora. El ambiente es silencioso, solo se escuchan débiles pitidos intermitentes. Es un bebé diminuto, que tendido boca arriba sobre una especie de nido de sábanas, se mueve descoordinadamente. Permanezco un largo rato observándolo, en silencio, tratando de no sentir nada por él. Me admira la perfección de sus rasgos, pequeños y delicados, la piel gelatinosa, los ojos cerrados y la boca entreabierta en una expresión que parece querer ser llanto. La escena me genera cierta angustia. Lo rodean muchos cables y lo separa del mundo una urna. Debe de sentirse muy solo ahí dentro.

–¿Está bien?– susurro con voz queda.

Concha, que se ha mantenido todo el tiempo tras de mí, me apoya la mano en el hombro y lo aprieta. No la veo pero intuyo una sonrisa en su actitud.

–Podemos hacer una cosa. Qué te parece si te sientas en este sillón, que se puede reclinar– me lo muestra ilusionada, como quien le enseña un juguete nuevo a un crío– yo te pongo a tu hermano en brazos, y así os conocéis un poco. Después, cuando tú quieras, yo le dejo otra vez en la incubadora y si no te apetece volver a casa, te puedes quedar a descansar el tiempo que necesites.

Sin apartar la vista de aquel bebé tan pequeño, vuelvo a negar con la cabeza.

–A ver si te crees que a mi este niño me importa, ¡por mi como si se muere!– Concha coloca el sillón sin escandalizarse y me ofrece asiento, concentrada en su tarea. Trae unas almohadas y unas sábanas.

–Entiendo tu rabia. La entiendo, créeme, yo también la siento, aunque la tuya seguro que es más fuerte. Si quieres podemos hablar del tema. Por cierto ¿cómo le llamamos? Aún no tiene nombre.

–Mateo– contesto sin pensar. Como mi abuelo. El único que no tenía que morirse y sin embargo lo hizo. Un tío valiente, pero esa es otra historia.

– Muy bien, pues ponte cómoda, te presento a Mateo– dice, mientras abre las puertas de la incubadora. Del interior sale un calor húmedo.

Entonces me lo coloca encima. Su diminuto pecho se acopla al mío, el niño bracea inquieto, boquea como si se ahogara. Me pongo muy nerviosa, solo quiero que me lo quite de encima. La miro suplicante. Pero ella lo acomoda, lo tapa, y no sé qué hace que al final lo duerme. Percibo la rápida respiración, se asemeja más a un temblor, así es de delicado, y me agrada su tibieza, su blandura. Desprende un sutil olor a medicamentos. Le rozo la cabecita

con los labios, en un amago de beso. La pelusa suave me hace cosquillas. Percibo su fragilidad, su tremenda vulnerabilidad.

En ese momento noto que me rompo, mi coraza se quiebra, lo siento de forma real, un crujido interior en el centro del pecho. Un miedo negro y áspero me hace perder pie, me seca la boca y me pellizca el estómago. Es tan grande, tan absorbente, que se me enrosca en la garganta y me deja sin aliento. ¿Y si él tampoco puede ser feliz? ¿Y si nadie puede ayudarlo?

Antes de empezar a llorar Concha se anticipa y me acerca un pañuelo. Las lágrimas se me agolpan en los ojos y me queman.

–Lo estás haciendo muy bien– me dice.

–Es que hoy es mi cumpleaños– mi voz se transforma en un gemido.

Dejo que el llanto salga y me lave. Lloro como hacía tiempo que no podía llorar. Lloro por él y también por mí, lloro porque me da igual que sea mi cumpleaños. Concha me rodea los hombros con el brazo y me susurra al oído que esta será una celebración que nunca podré olvidar. Las dos nos reímos. Estoy tan confundida que río y lloro a la vez.

Paso la noche con Mateo en brazos, sin poder dormir. Cuanto más lo miro, más lo quiero. De vez en cuando vuelvo la vista a Concha, que vela por ambos, mientras lee un libro con las gafas en la punta de la nariz y las piernas estiradas sobre una silla. Ella me levanta el pulgar y guiña un ojo con expresión divertida, en señal de que todo va bien.

Me trae un vaso de leche y un trozo de bizcocho cuando amanece y se cuelean decididos los primeros rayos de sol por las ventanas.

–Lo ha hecho una compañera, se llama Mercedes y me ha dicho que te de un pedazo grande, que tienes cara de tener hambre. Anda, ve a casa a descansar, vamos a cuidar de Mateo. Contigo cerca nunca va a estar solo. Por cierto ¿sabes dónde está tu madre?– su pregunta no esconde juicios, estoy segura, pero la rabia me agarrota:

– A mi madre no la nombres. No tienes derecho. Qué coño sabrás tú– se queda ahí parada, de pie, y me voy.

Estoy enfadada, llena de contradicciones. No tiene derecho a meterse en mi vida pero siento que me he equivocado y a pesar de que me quema el perdón en los labios, camino sin volverme y la dejó plantada.

Busco a mi madre en la planta donde me han indicado y encuentro la habitación vacía, la cama deshecha. Un suero de cristal cuelga de un palo metálico, como un fruto solitario en un árbol muerto, y un reguero de gotas de sangre pisoteada se dirige hacia el pasillo. No puedo evitar sonreír con tristeza ante la imagen que tanto se parece a nuestra relación enferma.

Me voy a casa deshecha, y caigo rendida en un sueño sin imágenes. Me despierta el timbre del teléfono. Es Ariadna, mi mejor amiga. Se ha enterado de todo y quiere saber si sigue en pie la celebración del cumpleaños. Le digo que no me apetece. Me contesta que estoy muy rara, y termino la conversación diciéndole que me deje en paz.

Y así es como día tras día me arrastro de casa al hospital, desde mi hogar carente de significado al lugar donde se ha trasladado mi razón para seguir viviendo. Las enfermeras cuidan de Mateo, lo bañan en unos diminutos barreños, le dan de comer, primero por tubos, después le ofrecen biberones que él se come con ganas. Cuando Concha está de guardia me quedo a pasar la noche. Me invita a compartir su cena en el cuarto de las enfermeras, se ríe con mis chistes y me da una colleja si digo un taco. Ella me arropa cuando me quedo dormida con mi niño en brazos. Nos cuida a los dos con manos de madre suplente.

Ese hermano mío que lleva el nombre de un valiente y que vive encerrado en su cárcel de cristal me arrebató cada vez que lo veo y lo toco un pedazo más grande de mí. Según

mengua su adicción aumenta la mía. Necesito ofrecerle a su cuerpo la seguridad del mío. Necesito llegar a tiempo para que no sea consciente de su abandono.

–¿Sabes? voy a adoptarlo– le digo un día a Ariadna.

–Pero qué dices tía, ¡que tienes dieciséis años!. Ya se encargará tu madre de él. Tú no sabes lo que dices, se te ha ido la olla del todo.

Sí, tengo dieciséis años, y no tengo ingresos. Sí, tengo dieciséis años y no tengo estudios. Busco por internet la manera de poder hacerme cargo de él. Puede que sea difícil pero quiero intentarlo. Por fin he encontrado un motivo para hacer las cosas.

Y tras varias semanas, cuando Mateo está recuperado y listo para poder irse a casa, cuando el vínculo entre nosotros es tan fuerte que me duele cada rato que tengo que pasar sin él, entonces se lo llevan.

Conforme me acerco a la incubadora vacía, Concha, que está esperándome en la puerta, me sujeta por la espalda para impedirme avanzar y que vea su lecho desnudo, y me habla al oído:

–Escúchame. Mateo se ha ido, también tiene que vivir su vida, como has de vivirla tú. No quedaba más remedio, lo sabes, ¿verdad? Una familia lo querrá y lo cuidará como necesita– yo trato de zafarme de su abrazo, lucho con una fuerza que se va agotando, asumiendo la veracidad de lo que me dice –Lo que has hecho por él, aunque no pueda acordarse, es el mayor regalo que puede hacer una persona, cariño. Has sido tremendamente fuerte y valiente.

–Pero Concha– digo, aguantando las lágrimas, mi cuerpo desmadejado se afloja en su abrazo– yo quería cuidarlo.

–Pero no puedes, mi niña dulce, no puedes.

–Ojalá pudiera– Sollozo abrazada a ella.

–Ojalá pudieras– llora conmigo, sin esconder su pena, se lo agradezco tanto.

Nuestras lágrimas se confunden y nos mojan la cara.

Hace solo tres meses que conseguí contactar con la familia de Mateo. Acabo de cumplir treinta y seis años. Durante un tiempo consideré cruel que, siendo apenas una niña, me dejaran establecer ese vínculo con mi hermano a sabiendas de que habríamos de separarnos, pero ahora sé que fue un regalo. Un regalo que me cambió la vida.

Antes de morir, Concha se puso como objetivo volver a juntarnos. Y ella podía con todo. También pudo encontrarlo.

Nunca podré agradecerle lo suficiente que me cogiera la mano en el momento preciso en que yo estaba a punto de soltar cualquier asidero que me mantuviera a flote. Cuando quería dejarme hundir. Ella no me dejó. Conseguí acabar los estudios y ahora trabajo como enfermera en la misma unidad donde pasé aquellos días.

Hoy, en el funeral de Concha, mi hermano y yo nos agarramos de la mano con fuerza y le decimos adiós a nuestra madre postiza.

Elena Prieto Rodríguez